

yo no puedo romper tantas cadenas,
nunca, mujer, me encontraré a tu lado,
pero vivo sintiendo que me sientes.

M. C.

UN DATO PARA LA FORTUNA DE BYRON EN ESPAÑA

La influencia de Byron en algunos de nuestros románticos y post-románticos ha sido objeto de pormenorizados estudios. Es bien reciente la publicación de un libro sobre Byron y Espronceda (1), asunto que había tentado ya a más de un crítico. Del *byronismo* de Bécquer se ha hablado por Hendrix (2) y Dámaso Alonso (3). De la persistencia de Byron en la poesía española durante el decenio 1870-1880 se ha ocupado no hace mucho Samuels (4).

Como simple contribución a la fortuna española de Byron exhumamos seguidamente un dato que creemos olvidado hasta ahora.

Sabido es que Byron pasó el otoño de 1808 en sus dominios de Newstead, la antigua abadía. Enseñaba a un terranova, «Boatswain» de nombre: era ésta una de sus ocupaciones favoritas por aquellos días. El perro se volvió rabioso y murió el 18 de noviembre. Byron, que sintió profundamente la pérdida, hizo levantar un monumento funerario en recuerdo de su fiel amigo. En el monumento se grabó una inscripción y, bajo ella, un poema, ambos textos obra de Byron.

Pues bien, una traducción de los mismos se publicó en el número 44 de *El Museo*, Valladolid, 15 de septiembre de 1872. Firman la versión E. F. y V. C., esto es: Emilio Ferrari y Vicente Colorado. *El Museo* es una revista semanal de ocho páginas en la que se recogen noticias de Valladolid, colaboraciones literarias de escritores locales y nacionales, alguna traducción, etc. La juventud vallisoletana de entonces impulsa la revista.

M. C.

(1) Esteban Pujals, *Espronceda y Lord Byron*. Anejos de «Cuadernos de Literatura», número 7. Madrid, C. S. de I. C., 1951.

(2) William S. Hendrix: *Las rimas de Bécquer y la influencia de Byron*. En «Boletín de la Academia de la Historia», t. XCVIII, 1931, páginas 850-894.

(3) Dámaso Alonso, *Ensayos sobre poesía española*. Madrid, «Revista de Occidente», 1944. Páginas 261-304.

(4) Daniel G. Samuels: *Some Byronic influences in Spanish Poetry (1870-1880)*. En «Hispanic Review», t. XVII, 1949, páginas 290-307.

He aquí la inscripción:

Cerca de este sitio,
están depositados los restos de uno
que poseyó belleza sin vanidad,
fuerza sin insolencia,
valor sin ferocidad,
y todas las virtudes del hombre sin sus vicios.
Esta alabanza que hubiera sido falsa adulación
inscrita sobre cenizas humanas,
no es más que un justo tributo a la memoria de
BOATSWAIN, un perro,
que nació en Newfoundland, mes de mayo de 1803,
y murió en Newstead Abbey, noviembre 18 de 1808.

La versión del poema dice así:

Cuando algún orgulloso hijo del hombre
vuelve a la tierra, de la gloria oscuro,
más con ilustre nombre,
el arte apura del dolor la pompa
y eleva portentosos monumentos,
entre la muerte y la existencia muro,
y recordando al que debajo yace,
se lee sobre el polvo del olvido,
no lo que fué, lo que debió haber sido.

El pobre perro, inquebrantable amigo,
más que ninguno fiel, siempre el primero
en dar la bienvenida,
siempre el primero en exponer la vida,
cuyo valiente corazón, sin dolo,
es el de su amo sólo,
y para él solamente
vive, alienta, trabaja, riñe y vela,
cae con su valor desconocido
y en el cielo es negada
el alma que en la tierra ha poseído.

En tanto el hombre, insecto miserable,
alzando el torpe vuelo
del lodo mundanal por vez primera,
ser perdonado espera
y sólo para él pretende un cielo.
Hombre, ¡tú, apenas dueño de una hora,
vil de la esclavitud en las cadenas,
o en los placeres del poder infame,
quien te conozca bien, huirte debe
dejándote entre crímenes y penas,
masa mezquina de animado polvo!

Tu amor, lascivia; tu amistad, engaños;
hipócrita al reír, mientes cuando hablas.
Vil por naturaleza,
huecos nombres pomposos te podrían
ennoblecer acaso solamente,
y esas castas salvajes deberían
humillar tu grandeza,
y de vergüenza enrojecer tu frente.

Tú que acaso contemplas esta urna
pasa sin detenerte mientras tanto,
que ella se eleva fúnebre y callada,
pues no se encuentra para honraralzada
a quien tú puedas dedicar tu llanto.

Éstas piedras tan sólo he levantado
para salvar del tiempo y del olvido
los restos de un amigo tan amado,
que él el único fué que he conocido.

Abadía de Newstead, noviembre 30 de 1808.